

Claroscuro N° 19 (Vol. 2) - 2020

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: claroscuro.cedcu@gmail.com

Título: Circuitos económicos informales

Title: Unofficial economic circuits

Autor(es): Juan Carlos Moreno García

Fuente: *Claroscuro*, Año 19, N° 19 (Vol. 2) - Diciembre 2020, pp. 1-30.

Publicado por: [Portal de publicaciones científicas y técnicas \(PPCT\)](#) - Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica (CAYCIT) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Compartir igual

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.

Circuitos económicos informales

*Juan Carlos Moreno García**

Resumen

Aunque es habitual considerar la economía faraónica como rígidamente centralizada y controlada por el estado, en realidad los circuitos económicos dominados por la monarquía y las grandes instituciones coexistían con otros, informales. Descubrimientos arqueológicos recientes demuestran el volumen y el alcance de intercambios protagonizados por poblaciones costeras, pastores, pescadores, mercaderes itinerantes, etc., al margen de cualquier intervención del estado. De hecho, parece plausible que en ocasiones la política expansiva de algunos estados del Próximo Oriente (incluido Egipto) perseguía capturar estas lucrativas redes comerciales que escapaban a su control y así gravarlas y extraer un beneficio económico. En otros casos, sabemos de la existencia de producciones artesanales de calidad cuya producción no obedecía a la demanda de la monarquía o de grandes instituciones, sino a una demanda urbana y rural que alimentaba circuitos de producción complejos capaces de integrar, según las necesidades, talleres y unidades domésticas. Por último, también parece que los mercaderes constituyeron un sector importante de la vida productiva y urbana del Egipto faraónico, si bien las fuentes relativas a sus negocios, sobre todo privados, son sorprendentemente escasas.

Palabras claves: Artesanía; comercio; economía; mercaderes; nómadas.

*CNRS (UMR 8167), Francia.

E-mail: jcmorenogarcia@hotmail.com Recibido: 16/08/2020, Aceptado: 16/10/2020

Unofficial economic circuits**Abstract**

It is still common to consider that the pharaonic economy was rigidly centralized and controlled by the state. However this is only part of the picture, as the economic networks dominated by the monarchy and the great institutions coexisted with other, unofficial ones. Recent archaeological discoveries show the considerable volume and geographical scope of the exchanges led by maritime populations, herders, fishermen, peddlers, etc., independently of any state initiative. In fact, it seems rather possible that the expansionist policy led by some monarchies of the ancient Near East (including Egypt itself) sought to capture such lucrative commercial networks that escaped to their control, with the aim to tax them and get income. In other cases, the production of some quality craft production did not obey to the demand of the monarchy or that of the great institutions, but to an urban and rural demand instead, based on complex productive networks. These networks managed to integrate, depending on the circumstances, both workshops and domestic units. Finally, it seems that merchants represented an important urban productive sector in pharaonic Egypt, but the sources describing their business (specially private ones) still remain surprisingly scarce.

Key-Words: Crafts; economy; merchants; nomads; trade.

Uno de los textos literarios más célebres del antiguo Egipto es *El Campesino Elocuente*, también conocido como el *Oasita*. Su protagonista es un habitante de Uadi Natrón, una zona pantanosa situada en un depresión desértica al oeste del Delta y a unos 75 kms. al noroeste de El Cairo. Tras cargar una pequeña caravana de asnos con productos del desierto (plantas medicinales y aromáticas, arbustos, pieles, minerales, etc.) se encaminó hacia Heracleópolis, localidad ubicada unos 200 kms. al sudeste, con la intención de comerciar. Sin embargo, pronto se vio envuelto en una situación complicada al sufrir los abusos de autoridad perpetrados por un funcionario, lo que terminó poniendo a prueba sus dotes persuasivas para hacer valer sus derechos gracias a su oratoria y a la invocación de elevados principios morales (Parkinson 1997: 54–88; 2012; Gnirs 2000). Más allá de la intención didáctica del texto, es llamativo que su protagonista sea un individuo de condición humilde y dedicado a un tipo de ocupación pobremente documentada en el Egipto antiguo. En efecto, las fuentes que han llegado hasta nuestros

días se refieren sobre todo a los intercambios y a las operaciones comerciales organizados por iniciativa de la monarquía, habitualmente mediante grandes expediciones enviadas al extranjero para adquirir bienes preciados, de lujo. Sin embargo, en lo que atañe al comercio interior, los documentos conservados apenas proporcionan información al respecto, como si tales operaciones tuvieran lugar a una escala muy modesta en una economía tradicionalmente caracterizada por la Egiptología como “redistributiva” y donde el estado pareciese desempeñar un papel central en la acumulación, reparto y orientación de los flujos de riqueza en Egipto. Evidentemente, otro factor que ha contribuido a esta situación es que tan sólo un porcentaje reducido de la población egipcia utilizaba la escritura en su vida cotidiana, de ahí que las actividades económicas de gran parte de los habitantes del Valle del Nilo estén pobremente documentadas. Sólo en el caso de que empleasen sellos, el estudio de sus impresiones y de la distribución de las mismas permite detectar algunos de sus quehaceres y deducir patrones de comportamiento económico y de circulación de bienes.

Tal interpretación “redistributiva” se explica en parte por la propia naturaleza de las fuentes conservadas y también por las peculiaridades que acompañaron el nacimiento y la consolidación de la Egiptología y de la Asiriología (pronto seguidas por otras disciplinas afines: Arqueología bíblica, Hititología, etc.) como disciplinas científicas en el siglo XIX (Moreno García 2013; 2014; 2016). Por un lado, la mayor parte de las excavaciones arqueológicas se concentraron en aquellos lugares que prometían un botín fácil para las expediciones y agentes enviados en busca de antigüedades. Cuestiones de prestigio nacional, la búsqueda de evidencias que pudieran confirmar la veracidad del relato bíblico en una época de laicización acelerada, o la simple “caza del tesoro”, fundamental para abastecer el apetito de coleccionistas y museos, llevaron a concentrar las prospecciones de aventureros, anticuarios, eruditos y arqueólogos en aquellos yacimientos susceptibles de proporcionar vestigios espectaculares del pasado. Templos, tumbas, palacios y grandes monumentos atrajeron así la atención de los primeros “orientalistas”. Obviamente, las fuentes y la información recuperadas proporcionaban información sobre todo de las actividades desarrolladas por las grandes instituciones, hasta el punto que fue común considerar que las mismas dominaban por completo las economías antiguas, gracias a una enorme burocracia y a una centralización “despótica” de los recursos y de las decisiones económicas. Los archivos de la época de Ur III en Mesopotamia, los grandes papiros ramésidas, etc., parecían confirmar narrativas donde la iconografía y la epigrafía monumentales celebraban, por

añadidura, los grandes hechos de los reyes y sus medidas benéficas para sus súbditos, incluidas grandes donaciones de todo tipo a los templos. Por otro lado, estas reconstrucciones históricas pioneras no hacían sino confirmar el relato bíblico, con sus grandes monarcas tiránicos (farones, reyes asirios y babilónicos), sus administradores celosos en el control y en la centralización minuciosa de la producción (como sucede con la historia de José), y que apoyaban, además, la imagen tradicional de los monarcas “orientales” como gobernantes despóticos y arbitrarios que contrastaban frente a un Occidente en ascenso triunfal hacia el progreso, la libertad, la prosperidad y la democracia liberal. No es de extrañar que en estas condiciones el hallazgo del archivo diplomático del Amarna, del tratado egipcio-hitita del reinado de Ramsés II y de numerosos decretos reales pareciesen confirmar la centralidad del estado en la organización de la economía egipcia y su naturaleza fundamentalmente redistributiva (Janssen 1975; Grandet 1994). Esta imagen tradicional ha sido matizada considerablemente en las últimas décadas gracias al estudio de archivos privados que revelan otra realidad menos conocida, un mundo de “empresarios” y de mercaderes privados cuyas actividades e intereses sorprenden a menudo por el considerable volumen de las mercancías intercambiadas, por su alcance geográfico y por la complejidad de las técnicas de gestión utilizadas. No se trata tan sólo de que sirviesen con frecuencia sus propios intereses, al margen de cualquier tipo de intervención estatal sino que, además, las monarquías debían acudir a su experiencia y redes de contactos para organizar muchas de las actividades celebradas en las grandes inscripciones oficiales. Los archivos privados mesopotámicos de la época de Ur III, de la colonia asiria de Kanesh/Kültepe (en Anatolia), los archivos de “firmas” comerciales como los Egibi o Murashu (época neobabilónica y aqueménida), la documentación procedente de Ugarit, los archivos de los mercaderes de Larsa, etc., han arrojado considerable luz sobre un sector privado considerado marginal hasta hace pocas décadas (Dercksen 1999; Steinkeller 2004; Garfinkle 2012; Monroe 2015; Larsen 2015; resumen en Moreno García 2016). También es posible apreciar la circulación de metales preciosos como medio de pago a una escala sorprendente, incluso desde fechas muy tempranas (Van Driel 2002; Jursa et alii 2010; Kleber y Pirngruber 2016). Aún así, no hay que olvidar que estos documentos se refieren únicamente a un sector comercial muy preciso, constituido por importantes mercaderes “profesionales” y detectable gracias al uso de documentos escritos y al establecimiento de redes comerciales por las que circulaban bienes de calidad y duraderos relativamente fáciles de descubrir en el registro arqueológico.

Este panorama preliminar quedaría incompleto si ignorásemos otro elemento fundamental pero más difícil de detectar, que emerge gradualmente gracias a las fuentes arqueológicas así como a análisis de paleobotánica, de zooarqueología, de arqueometría, etc. Se trata de pequeños mercaderes, nómadas, pescadores, traficantes itinerantes, etc., cuyas actividades aseguraban la circulación de productos, técnicas e ideas a gran escala y a distancias considerables pero que apenas han dejado rastro en la información documental, iconográfica o arqueológica debido a que sus iniciativas eran marginales con respecto a los circuitos dominados por las grandes instituciones, a que no utilizaban documentos o a que, simplemente, la modestia de sus producciones no ha atraído la atención de los investigadores (Boivin y Fuller 2009; Fuller et alii 2011; Boivin 2018). De ahí el interés de algunos proyectos científicos recientes que están permitiendo descubrir un mundo poco conocido hasta ahora pero que ayuda a comprender cambios sustanciales en la organización de la demanda, en los circuitos de intercambios, en las estrategias desplegadas por los estados para capturar o soslayar estos circuitos, en la introducción de innovaciones en los ámbitos de la producción textil o la metalurgia (Sherratt 2003), en el establecimiento de puntos de intercambio que escapan a conceptos como feria o mercado y donde se mezclan las actividades económicas con otras rituales e incluso de producción de literatura oral (Farias 2013; González Ruibal y de Torres 2018). Si bien las fuentes egipcias son mucho más parcas que las procedentes del Próximo Oriente, es posible comprobar no obstante que tales fenómenos distaban mucho de estar ausentes en el país de los faraones. Esto ayudaría a explicar por qué los ritmos de cambio histórico en Egipto siguen tan estrechamente los producidos en su entorno inmediato (Warburton 2011 y 2013; Moreno García 2016).

Nómadas, pescadores y poblaciones móviles

Dos ejemplos procedentes del valle del Nilo indican la importancia de los actores “invisibles” citados. El hallazgo de un centenar de granos de mijo común (*Panicum miliaceum*) en varias tumbas del período Kerma Clásico en el yacimiento nubio de Ukma (1700 antes de Cristo), un cereal originario de China y presente en Nubia pero no en Egipto, ni en Levante ni en el Próximo Oriente en esta época, revela contactos por vía marítima que permitieron, por un lado, la difusión de plantas desde el subcontinente indio hacia Africa y, a la inversa, desde la zona del Sahel, atravesando Chad, Sudán y Etiopía

hacia la India desde, al menos, 2000 antes de Cristo (Boivin and Fuller 2009; Fuller et al. 2011; Winchell et al. 2018; Alemseged et al. 2018). La particularidad de estos contactos es que fueron realizados por pescadores, poblaciones costeras, nómadas, pequeños mercaderes, etc., al margen de cualquier iniciativa estatal. De modo general, la arqueología revela cada vez con más firmeza la magnitud de los contactos promovidos por estas poblaciones (Boivin 2018).

De igual modo, desde 2100 antes de Cristo y en siglos sucesivos, las innovaciones técnicas en el ámbito de la metalurgia propiciaron la aparición de nuevos tipos de armas, la mejora en la producción de bronce y permitieron considerables avances también en la joyería. Al mismo tiempo, un renovado *ethos* masculino impulsó prácticas funerarias innovadoras, como el depósito de armas en tumbas de varones, las denominadas “tumbas de guerrero” presentes en numerosos yacimientos de Levante, pero también en Egipto. De hecho, algunas escenas en tumbas privadas de Beni Hassan, fechadas a comienzos del segundo milenio antes de Cristo, contienen representaciones de tales armas levantinas, mientras que vestigios arqueológicos de las mismas han sido descubiertos en yacimientos de la zona de Fayum y, especialmente, en Kom el-Hisn, en el Delta occidental. Este último caso llama la atención. Situada en una encrucijada atravesada por poblaciones “libias” en busca de pastos y agua en territorio egipcio, la localidad de Kom el-Hisn conoció un notable auge tras el final de la monarquía del Reino Antiguo. De hecho, mientras el Delta Oriental experimentó el abandono de numerosos asentamientos a finales del tercer milenio antes de Cristo, el eje occidental del Delta, por el contrario, floreció, como dan fe las tumbas ricamente dotadas situadas en localidades como Barnugi o Kom el-Hisn. Es muy probable que el auge de esta región hasta entonces poco habitada esté relacionado con cambios en los circuitos comerciales del Mediterráneo oriental, sobre todo en relación con el aumento del tráfico con el Egeo y con la importación de cobre chipriota. Kom el-Hisn formaría parte entonces de un nuevo eje comercial que comunicaría el Delta occidental con el Fayum y desde allí con el Egipto Medio y con Nubia, bien sea por vía fluvial (a través del Nilo) o terrestre (siguiendo la ruta de los oasis del Desierto Occidental). La llegada de mercaderes levantinos a Kom el-Hisn explicaría la súbita aparición de numerosas “tumbas de guerrero” en esta localidad (Moreno García 2017 y 2019a). En realidad, la presencia levantina en el Delta está bien documentada también en localidades como Busiris durante el Primer Período Intermedio. Tal presencia levantina pudiera estar relacionada con los profundos cambios que tuvieron lugar entonces en todo el Oriente Próximo, cuando el auge del

pastoralismo coincide con la difusión de nuevos tipos de armas (Gernez 2011) y con nuevas técnicas metalúrgicas impulsadas al parecer por poblaciones de pastores (Kepinski 2007). Fue entonces también cuando fueron creados cientos de asentamientos pastoriles en el Sinaí, al parecer relacionados con cambios en el suministro de cobre desde las minas de Feinán hacia Egipto (Avner 2014; Tassie 2018; Finkelstein et alii 2018).

Este elemento es de crucial importancia. Cada vez hay más evidencia arqueológica, procedente de diversas regiones del mundo, sobre poblaciones nómadas que practicaban la minería estacional como parte de sus estrategias de subsistencia. Una vez extraído el mineral, pequeñas caravanas de nómadas se trasladaban con su preciosa carga hacia ciertos puntos donde podían intercambiarla por los productos que necesitaban, como cereales, sal, tejidos, útiles artesanales, etc. De este modo, frente a la imagen tradicional de grandes expediciones mineras, organizadas y equipadas por la monarquía, para aprovisionarse de oro y minerales preciosos, ahora sabemos que tales expediciones constituían tan sólo una de las fuentes por la que estos productos llegaban a Egipto, mientras que las iniciativas de particulares y de nómadas desempeñaron también un papel crucial en estas cadenas de suministro. Por fortuna, algunos documentos conservan trazas de este tráfico. Los célebres Despachos de Semna, por ejemplo, contienen los informes enviados por las patrullas egipcias que recorrían los territorios alrededor de la red de fortalezas establecidas por los faraones en el norte de Nubia en torno a 1500-1800 antes de Cristo. Los informes mencionan cómo las patrullas interceptaban pequeñas caravanas de asnos conducidas por habitantes del desierto hacia las fortalezas para comerciar (Kraemer y Liszka 2016; Liszka y Kraemer 2016). De hecho, una estela erigida por el faraón Sesostris III en esta zona del Nilo especifica cómo los nubios sólo estaban autorizados a dirigirse a una de las fortalezas para traficar. Poco se sabe acerca de la naturaleza de los productos intercambiados. Si nos atenemos a los restos de vasijas egipcias halladas en Nubia desde finales del tercer milenio antes de Cristo, parece que los cereales exportados por Egipto pudieron haber desempeñado un papel crucial. Otras inscripciones de épocas diversas (biografías de Herjuf y de Setka de Elefantina, decreto de Nauri del faraón Seti I, etc.) mencionan miel, objetos de pasta vitrificada, etc., mientras que Egipto importaba oro, marfil, pieles de animales exóticos, maderas preciosas, e incluso plantas aromáticas. El oro parece haber sido objeto de un tráfico intenso a lo largo del Nilo. Hallazgos recientes en Hosh el-Guruf, en la zona de la cuarta catarata del Nilo, demuestran que las poblaciones locales extraían oro de manera estacional, como una actividad

económica más, y que a continuación lo exportaban hacia Kerma (capital del reino de Kush) y, a juzgar por hallazgos de cerámica de estas poblaciones en la zona de Mersa/Uadi Gawasis, en la costa del Mar Rojo, también hacia este puerto (Emberling y Williams 2010; Meyer 2010; Emberling et alii 2014; Rzeuska 2014). El análisis de objetos egipcios de oro descubiertos en Abidos y otros lugares y fechados a comienzos del segundo milenio antes de Cristo demuestran que el oro utilizado era aluvial, no obtenido mediante el extenuante triturado de bloques de cuarzo (Tissot et alii 2015; Troalen, Tate y Guerra 2014). Finalmente, el cuidadoso estudio de los vestigios habitacionales y de los restos de tratamiento de mineral hallados en Uadi el-Hudi sugieren que, contrariamente a lo que se pensaba y a los contenidos sesgados de la epigrafía monumental, la colaboración de poblaciones nubias era esencial en la obtención de minerales y que, por tanto, las expediciones enviadas por Egipto (y celebradas en las inscripciones monumentales) tan sólo constituían una de las modalidades de aprovisionamiento de los mismos (Liszka 2017). En el mismo sentido, las menciones a nubios y a prospectores de pigmentos minerales en algunos sellos inéditos descubiertos en Edfú y fechados en torno a 2400 antes de Cristo, demuestran que la minería del cobre en el Desierto Oriental seguía pautas similares, donde nubios y egipcios trabajaban codo con codo en la explotación de los recursos minerales del desierto.

Estos y otros hallazgos revelan un papel mucho más activo de nubios, habitantes del desierto y poblaciones levantinas, entre otros, en la extracción, transporte y comercialización de minerales, tal y como lo demuestra el protagonista del relato *El campesino elocuente* citado previamente. En el caso del cobre extraído de las minas de Timna, en el extremo meridional del Levante, cada vez hay más evidencia de que los ciclos de explotación del mineral eran independientes de la existencia o no de un estado fuerte y centralizado en Egipto. En realidad, eran las poblaciones locales de beduinos quienes extraían frecuentemente el mineral de manera autónoma, y a continuación lo transportaban hasta Egipto, un procedimiento que explicaría la súbita multiplicación del número de campamentos nómadas en el Sinaí en ciertos períodos de crisis de la monarquía egipcia, cuando los nómadas aseguraban funciones que las autoridades egipcias eran entonces incapaces de satisfacer. La manifestación más notable de la simbiosis entre egipcios y poblaciones nómadas procede, precisamente, de las numerosas estelas erigidas por los líderes egipcios al frente de las expediciones mineras del Reino Medio hacia Serabit el-Jadim, Uadi Maghara y otros yacimientos de cobre y turquesa del Sinaí. Las inscripciones mencionan poblaciones que

proporcionaban protección a las expediciones egipcias, que suministraban asnos para el transporte del mineral y que colaboraban en la logística y en la extracción del mismo (Moreno García 2018a).

La participación de poblaciones levantinas (denominadas *Aamu* en las fuentes egipcias) llegó incluso a yacimientos mineros situados en territorio africano. Es el caso de las minas de malaquita de Gebel Zeit, junto a la costa del Mar Rojo. El hallazgo de un sello cilíndrico de estilo similar a los producidos en torno a la localidad de Karkemish sugiere que un individuo de cierto estatus colaboraba en la extracción de malaquita en torno a 1800 antes de Cristo (Régen y Soukiassian 2008: 329-330). Cabe recordar a este respecto la escena de un jefe del país de Retenu que figura en un monumento de Serabit el-Jadim, en Sinaí, montado en un asno y acompañado de guerreros como corresponde a un individuo de su rango y autoridad (Goldwasser 2013). A continuación, la malaquita extraída en Gebel Zeit y otros yacimientos era transportada por caravanas de *Aamu* hacia territorio egipcio, tal y como consta en la célebre escena de la “caravana asiática” representada en la tumba del gobernador Jnumhotep II de Beni Hassan. Como sucediera en el caso de los papiros de Semna citados previamente, también en este caso una pequeña caravana de asnos conducida por un grupo de hombres, mujeres y niños asiáticos transportaba malaquita que era entregada a Jnumhotep II (Kanawati and Evans 2014: pl. 42-48). Este método indirecto de extracción ilustra el sentido de algunos títulos como “intendente de los desiertos”, etc., que figuran entre las funciones de los líderes de Bersheh, Beni Hassan, etc. Sus funciones incluían la recepción de minerales y otros productos que no eran necesariamente extraídos por expediciones mineras organizadas por un poder centralizado.

En otros casos, la presencia de caravanas o de poblaciones móviles en Egipto es más difícil de explicar. Es el caso de los numerosos cementerios de nómadas nubios de la cultura Pan-Grave hallados en el Alto y Medio Egipto y fechados en los primeros siglos del segundo milenio antes de Cristo. No parece que su presencia en suelo egipcio obedeciese necesariamente a la búsqueda de pastos para sus rebaños (a juzgar por los cementerios, se trataría de pequeños grupos de pastores, unidos probablemente por lazos familiares) sino, quizá, al tráfico de productos del desierto (plantas medicinales, pieles, minerales, etc.) y al ejercicio de labores especializadas al servicio de las poblaciones sedentarias (Näser 2012; Moreno García 2018a). Que existiesen tales cementerios demuestra una presencia continuada y regular, con lo que cabe suponer que pequeñas caravanas de poblaciones que vivían al sur de la frontera se adentraban profundamente en Egipto y no se conformaban con

traficar con las fortalezas nubias. ¿Transportaban también oro? ¿Actuaban como pastores ocasionales, especializados, por ejemplo, en cuidar rebaños egipcios en zonas limítrofes del Valle del Nilo, por ejemplo en los uadis? La representación en algunas tumbas de Beni Hassan de “caravanas libias”, formadas por pastores al cuidado de pequeños rebaños de ganado menor, o la presencia habitual de extraños pastores al cuidado de los rebaños de los potentados egipcios en algunas tumbas del Egipto Medio, cuyos peinados y expresiones corporales difieren marcadamente de las de los egipcios, sugieren tal posibilidad (Moreno García 2017; Diego Espinel 2019). Los pescadores constituyen otro ejemplo de poblaciones cuyas actividades económicas, sin ser controladas o promovidas por el estado, alimentaron sin embargo circuitos de intercambios y de exportación de productos en apariencia modestos. El relato de Unamón describe los tropiezos de un agente egipcio en el transcurso de la misión comercial encomendada por el Sumo Sacerdote de Amón en tierras de Líbano en torno a 1080 antes de Cristo. De acuerdo con el texto, Egipto exportaba textiles así como pescado seco, entre otros productos, hacia tierras levantinas. Un documento algo anterior, el ostracón Gardiner 86, menciona los pagos en plata efectuados por los pescadores al Dominio de Amón en el Delta como parte de sus obligaciones fiscales. De hecho, esta referencia no es única y otros textos indican igualmente que los pescadores entregaban plata a las instituciones de las que dependían, como sucede en la inscripción de Taharqa o en una carta ramésida donde el responsable de un fuerte confía a uno de sus subordinados una importante cantidad de plata para comprar pescado. Obviamente, que los pescadores paguen impuestos en plata significa que debían comercializar sus capturas y que existían mercados donde la plata era utilizada en transacciones realizadas también al margen de los circuitos institucionales (Moreno García 2016). Este punto es crucial ya que la zooarqueología revela la exportación de perca del Nilo desde Egipto hacia numerosos asentamientos levantinos y de la Anatolia meridional desde el tercer milenio antes de Cristo, confirmando de este modo el relato de Unamón. Es difícil precisar quién controlaba estos circuitos de exportación de un pescado no precisamente sabroso pero que podía constituir una fuente de proteínas animales para individuos de condición modesta fuera de Egipto (Van Neer et alii 2004). De creer la información presente en algunos textos didácticos de época ramésida (conocidos como *miscellanies*), propietarios de plantaciones también enviaban sus barcos cargados de frutas y productos agrícolas hacia Levante.

Para concluir esta sección cabe señalar que, aunque escasa, la información textual y arqueológica procedente del antiguo Egipto revela la importancia de poblaciones móviles, pastores, pescadores, etc., en la explotación de los recursos del Valle del Nilo, que actuaban como transmisores de técnicas y productos y como intermediarios en circuitos de intercambios. Así sucede también, por ejemplo, con el tratamiento del cuero, un material utilizado profusamente en la indumentaria de las poblaciones nubias y que conoció una cierta difusión en Egipto en el período de transición entre el tercer y el segundo milenio antes de Cristo. Algo después, la cerámica nubia aparece abundantemente documentada en los asentamientos y en las pistas del Desierto Occidental, lo que sugiere que mercaderes nubios transitaban por estas rutas con sus productos y que alimentaban sus propios circuitos de intercambios entre Nubia y el Mediterráneo, siguiendo sus propios intereses (Moreno García 2018b). Algo después, en la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo, las fuentes egipcias indican igualmente que por las rutas del desierto circulaban oro, marfil y otros productos africanos comercializados esta vez por poblaciones “libias” (es decir, habitantes de los territorios situados al oeste del Valle del Nilo). La importancia de estos circuitos explica la instalación de recintos fortificados bien sea en Nubia (a comienzos del segundo milenio antes de Cristo), bien sea en la costa de Marmárica, a unos 300 kms. al oeste de Alejandría, bien en el límite occidental del Delta (época ramésida) o en las rutas que comunicaban el Levante meridional con el Delta Oriental y con el Uadi Tumilat. En todos estos casos sería simplista considerar estos recintos como “fortalezas” y caracterizar su principal función como meramente militar. Antes al contrario, se trataría más bien de puestos fronterizos, incluso de verdaderos emporios, destinados a concentrar el tránsito de productos valiosos en ciertos puntos estratégicos y de obtener impuestos y derechos de paso de los mismos. Esto explicaría por qué el colapso del Reino Medio en Egipto no fue seguido del abandono de las fortalezas egipcias en Nubia al perder la función militar y el apoyo logístico proporcionado por los faraones. Por el contrario, siguieron ocupadas por expatriados egipcios, lo que sugiere que su función era independiente de la presencia o ausencia de un poder centralizado en Egipto. En este caso parecería que los egipcios instalados en Nubia desempeñaron el papel de intermediarios que facilitaban el tráfico entre Egipto y Nubia. De ahí igualmente la presencia en el oasis de Dajla, en torno a la misma época, de una pequeña estación dedicada aparentemente a intercambios a través del desierto y que floreció en una época de ausencia de poder centralizado en Egipto (Moreno García 2018a).

Mercaderes

El caso de los mercaderes es aún más peculiar. Las fuentes egipcias son sorprendentemente parcas en referencias a esta categoría profesional, sus negocios, sus inversiones y su papel en la sociedad egipcia, bien como protagonistas de sus propios negocios, bien como intermediarios al servicio (permanente u ocasional) de instituciones como los templos o el palacio real, bien como dinamizadores de la economía urbana, por no hablar de la influencia de sus intereses en la orientación de la política de la monarquía. Como es natural, las escasas fuentes egipcias relativas a sus actividades, procedentes sobre todo del ámbito de los templos o de las actividades de la monarquía, contienen breves referencias aquí y allá sobre las operaciones de los mercaderes al servicio del estado y de sus instituciones, hasta el punto que numerosos investigadores han estimado que sus negocios privados, donde perseguirían sus propios intereses, simplemente no existían (Moreno García 2014; 2019: 91-95). Este modelo, aún vigente en Egiptología, tiene su fundamento en la interpretación redistributiva *ad absurdum* de la economía egipcia, como si todas las actividades económicas estuviesen férreamente controladas y organizadas por el estado, hasta el punto de no dejar prácticamente ningún resquicio (o, en todo caso, marginal) para la economía privada o los mercados.

Sin embargo, un simple dato llama la atención. El papiro Harris I, un extenso y detallado documento que describe los bienes e ingresos concedidos por el faraón Ramsés III a diversos templos de Egipto, menciona en un caso las entregas de grandes cantidades de plata (en torno a una tonelada) por parte de servidores de los templos y labradores a los santuarios. Obviamente, la obtención de plata implica que estos individuos debían comercializar parte de sus cosechas para obtener los metales preciosos que, a continuación, entregaban en parte a los templos como parte de sus obligaciones fiscales. Una célebre carta de finales del segundo milenio antes de Cristo indica, precisamente, que varios labradores de la zona de Elefantina pagaban directamente sus impuestos, *en oro*, al tesoro real. Otros documentos de la segunda mitad del segundo milenio antes de Cristo como la “escena de la tasación” en la tumba del visir Rejmiré o las listas de pagos registrados en los bloques de los monumentos de Ajenatón, demolidos por sus sucesores, indican que ciudades y templos de todo el país también pagaban impuestos en metales preciosos a las arcas del estado. De todo ello se deduce que, al menos, una parte sustancial de la economía egipcia escapaba a los circuitos redistributivos organizados y dominados por la

monarquía y otras instituciones y que la comercialización de producciones de diverso tipo alimentaba mercados y, sin duda, las actividades de mercaderes de los que apenas sabemos nada (Jursa y Moreno García 2015). De hecho, era extremadamente raro que alguien se denominase a sí mismo como “mercader” en sus monumentos privados (estelas, estatuas) o en sus posesiones particulares (papiros funerarios, objetos de uso doméstico, etc.), aunque hay algunos ejemplos al respecto. De ahí se deduce que la consideración de “mercader” no gozaba de buena reputación o era poco respetable en sociedad, de ahí que los mercaderes hayan utilizado otros títulos, más prestigiosos y sin relación directa con sus actividades mercantiles, en sus monumentos: sacerdote de ciertos cultos, escriba, administrador, etc. Algunos briznas de información parecen confirmar este punto. Así, por ejemplo, un papiro ramésida de Elefantina indica la oposición que suscitó un candidato a sacerdote entre los ritualistas que controlaban el templo local. El principal argumento es que se trataba del hijo de un mercader. Otro papiro ramésida, el papiro British Museum 10068, contiene una lista detallada de los habitantes de un sector de la zona de Tebas situada entre varios templos. Aunque incluye a labradores, artesanos, sacerdotes, etc., no hay mención alguna de mercaderes. Tampoco aparecen citados como beneficiarios de tierras de los templos entre los más de 2500 poseedores de parcelas censados en el papiro Wilbour. Otros textos mencionan la puerta principal de entrada a los templos como la zona donde se reunían los mercaderes y/o sus representantes con las autoridades de los santuarios. En cambio, los mercaderes compartían espacios con otros miembros de la élite egipcia al margen de los recintos de los santuarios y de sus inmediaciones. Es el caso, por ejemplo, de las listas de piezas de barcos conservadas en diversas casas de los barrios residenciales de Tebas en tiempos del faraón Seti I. Además de las viviendas de oficiales del ejército y de la administración también se mencionan las de varios mercaderes. Otro ejemplo figura en una estela de la primera mitad del primer milenio antes de Cristo que indica la ubicación de una tumba en un sector de una necrópolis, utilizando como referencias otras tumbas situadas en las inmediaciones, entre las que constan dos pertenecientes a mercaderes. Por último, un ostracón del reinado de Ramsés II menciona que uno de los hijos del faraón estaba casado con la hija de un armador sirio. Estos ejemplos sugieren no sólo que los mercaderes compartían espacios con otros miembros de la élite egipcia sino que también podían ascender a lo más alto de la escala social y emparentar con la familia real (Moreno García 2019: 91–95).

Que se trataba de un sector social capaz de acumular riqueza e intereses considerables parece probado a la luz de algunas fuentes textuales. Así, por ejemplo, el relato de Unamón menciona un rico armador, Werekter, que operaba en el puerto de Sidón con una flota de cincuenta barcos (Lichtheim 1976: 226). El contexto parece indicar que se trataba de un mercader privado, ya que el mismo pasaje menciona, en cambio, otra flota, de veinte navíos al servicio del faraón Smendes. Este caso no tiene nada de excepcional. La biografía, desgraciadamente fragmentaria, del visir Jnumhotep III (hacia 1850 antes de Cristo) se refiere a un oscuro episodio relacionado con la exportación de vigas de madera desde Líbano y que terminó enfrentando a las localidades de Biblos y Ullaza (50 kms. al norte de Biblos), hasta el punto de propiciar la intervención del faraón. Sin embargo, es interesante que la inscripción mencione barcos de egipcios activos en la región y que servían como intermediarios en operaciones que implicaban tanto a las localidades libanesas entre sí como a éstas con Egipto (Allen 2008). Resulta plausible que mercaderes egipcios operasen por tanto en esta zona del Levante al margen de la monarquía egipcia, siguiendo sus propios intereses, y que cuando ésta necesitase colaboradores experimentados en la región acudiese a ellos. ¿Hubo, por tanto, algún tipo de “diáspora comercial” egipcia en la región? Investigadores como Holladay sugieren que así fue y que ejemplos como el de la colonia de comerciantes asirios instalados en Kanesh/Kültepe (Anatolia) a comienzos del segundo milenio antes de Cristo no fue un ejemplo aislado. De hecho, vestigios de viviendas de planta egipcia o hitita en pleno Levante podrían corresponder, en su opinión, a casas de mercaderes egipcios o hititas instalados en la región y no necesaria ni únicamente a élites locales deseosas de imitar la arquitectura de los poderes dominantes a cuyo servicio se hallaban (Holladay 2001).

Otros ejemplos de comerciantes egipcios se encuentran, por ejemplo, en la correspondencia diplomática conocida como *cartas del Amarna*, con la mención de una veintena de mercaderes egipcios activos en Chipre. Otro corpus documental en curso de publicación incluye varias cartas e informes procedentes del archivo de Ebla (2500-2250 antes de Cristo) y que describen envíos de productos y agentes comerciales entre Ebla y un país llamado Dugurasu (identificado casi con toda certeza con Egipto) por mediación de Dulu (probablemente Biblos). Mientras Dugurasu exportaba paños de lino, marfil y oro, Ebla exportaba lapislázuli, tejidos y estaño entre otros bienes destinados a Dugurasu. Las operaciones comerciales estaban en manos de mercaderes privados cuyos servicios como mediadores experimentados eran utilizados tanto por parte de Ebla como de Egipto. Parece ser que estos

mercaderes pertenecían a un número muy reducido de familias. Una de ellas estaba formada por egipcios, Awa/Urwa y su hijo, al parecer llamado Gara o Aib (Biga y Steinkeller en prensa). Es llamativo que en el caso de Egipto, las inscripciones y los vestigios arqueológicos procedentes de Elefantina revelen la especialización de los responsables de esta localidad en la organización de misiones comerciales no sólo hacia Nubia, sino también hacia el país de Punt y Biblos, mientras que objetos levantinos hallados en sus tumbas sugieren que parte de estas operaciones tenían un carácter privado (Moreno García 2017: 98-100). Si remontamos aún más en la historia de Elefantina, es posible detectar indicios de la existencia de mercaderes privados activos en esta localidad ya a comienzos del siglo XXVII antes de Cristo, tanto hombres como mujeres, bajo la supervisión (al menos parcial) de agentes del faraón instalados allí. El término usual empleado para designarlos era *miteru*, un término habitualmente asociado al recorrido de rutas por áreas lejanas. El principal objetivo de sus misiones era la obtención de oro (Moreno García 2019a: 343). Es tentador pensar que varias inscripciones del Reino Medio descubiertas en Uadi Korosko, en Nubia septentrional, utilizado tradicionalmente como ruta que conducía hasta yacimientos de oro, pudieran obedecer a un patrón similar. Los textos describen un grupo de *jenemes* “amigos”, pertenecientes al mismo grupo familiar (en sentido amplio), y que incluye dos mujeres designadas por su nombre y, de manera excepcional, por su localidad de procedencia (Sais y Kom el-Hisn, respectivamente, ambas en el Delta occidental) en vez de su patronímico. Tratándose de un grupo de civiles, sin títulos aparentes y que incluía dos mujeres, cabe pensar que no formaban parte de un expedición de militares sino más bien de personas que o bien actuaban por su cuenta o bien proporcionaban apoyo logístico a expediciones egipcias o ambas cosas a la vez (Žába 1974: 38, 56-57; Moreno García 2019b: 52).

Por último, cabe citar la importancia de redes comerciales operadas tanto por egipcios como por individuos de otras procedencias en ciertas zonas de Egipto, donde el flujo de mercancías no tenía por qué obedecer forzosamente a expediciones organizadas por el estado. De hecho, no es descabellado pensar que las iniciativas del estado buscasen apropiarse o capturar redes lucrativas de intercambios que escapaban a su control, operadas por tanto por mercaderes que actuaban al margen del estado. De este modo, la organización de expediciones navales o terrestres por parte de la monarquía, con la compleja logística y el volumen de medios que era necesario movilizar, podía no tener otro objetivo más que facilitar el acceso directo a las zonas productoras de bienes particularmente codiciados

y ahorrar así los servicios y pagos a intermediarios. Un ejemplo aparece mencionado en la célebre escena de la expedición naval organizada por la reina Hatshepsut al país de Punt. La retórica del texto es la habitual en los relatos egipcios que describen la llegada a un territorio rico en recursos como un evento acaecido por primera vez gracias al favor concedido por la divinidad principal del reino al faraón (“la Tierra del Dios no había sido recorrida, mientras que las Terrazas de la Mirra eran desconocidas por los egipcios”). Sin embargo, la inscripción contiene dos detalles interesantes, al señalar que, con anterioridad a Hatshepsut, los bienes exóticos eran traídos “de uno a otro” (es decir, por medio de diversos intermediarios) y a cambio “de numerosos pagos”. La expedición ordenada por Hatshepsut permitía obviar estos inconvenientes al facilitar un acceso directo a los territorios productores de incienso y mirra, sin mediación de intermediarios nubios o puntitas (Moreno García 2014: 24). De hecho, la cerámica del Reino Medio recuperada en puertos egipcios del Mar Rojo como Uadi Sujna o Mersa/Uadi Gawassis incluye piezas de origen yemení, eritreo y del sur del Mar Rojo. Otra inscripción, descubierta en Elkab, se refiere al ataque realizado contra esta localidad durante el Segundo Período Intermedio por una coalición de nubios, puntitas y tribus del desierto, un acontecimiento que constituye así una suerte de reverso de la expedición de Hatshepsut: habitantes de Punt intervenían en Egipto. De hecho, una escena parcialmente inédita de comienzos del Reino Nuevo, muestra una balsa de Punt llegando a un puerto egipcio cargada de productos (Moreno García 2018c: 356-358). Estos ejemplos muestran la importancia de los intereses comerciales que guiaban las decisiones estratégicas y las inversiones logísticas de los faraones cuando, por ejemplo, procuraban acceder directamente a las fuentes de recursos preciosos, sin tener que acudir a multitud de intermediarios que encarecían el coste final de los mismos, una política que, por añadidura, procuraba notables ingresos fiscales a la monarquía. Sin embargo, este tipo de intervenciones terminaba por provocar movimientos de signo contrario por parte de poblaciones costeras, de nómadas del desierto, etc., que ante la presión de las monarquías exploraban y organizaban vías alternativas a las rutas explotadas por los estados para, de este modo, evitar sus cargas impositivas. El papel de las poblaciones costeras especializadas en servicios ofrecidos a los grandes estados (transporte, protección, etc.) ha llevado a algunos investigadores a acuñar el término “Modo de Producción Marítimo” para analizar las estrategias de subsistencia de estos grupos humanos, cuando la crisis de los estados a los que servían constituía un poderoso acicate para el desarrollo del contrabando, la piratería, etc., y,

con ellas, para mejorar las técnicas de navegación, la apertura de nuevas rutas que evitaban las utilizadas por los estados, etc. En esta perspectiva, el fenómeno de los Pueblos del Mar del Bronce Reciente constituye un precedente precoz de otros más recientes como pudo ser el caso de los vikingos, de la piratería de las costas de la China meridional en la Edad Moderna, etc. (Ling, Earle y Kristiansen 2018). En fin, en el caso del ataque al puerto de Avaris por el faraón Kamosis, la inscripción en que este soberano celebra su hazaña bélica señala la presencia de cientos de barcos fondeados, cargados con todo tipo de productos valiosos (Redford 1997: 14). No parece probable que todo este tráfico naval fuese fruto exclusivo de expediciones organizadas por los reyes hicsos sino, probablemente, de mercaderes egipcios y levantinos. El descubrimiento de sellos paleobabilónicos y de un fragmento de una carta en acadio escrita, al parecer, conforme al estilo propio de la correspondencia diplomática, sugiere más bien que los intercambios correspondían a actividades desarrolladas por mercaderes privados, tanto egipcios como “asiáticos”, similares a las documentadas en Kanesh/Kültepe en Anatolia (Collon, Lehmann y Müller 2012–2013; véase también Collon 2008).

Para concluir esta sección, parece más que probable que Egipto no se distinguía de otras regiones del Próximo Oriente en lo que atañe a la importancia de las poblaciones costeras, nómadas, pastoriles, etc., en la organización de intercambios que aseguraban el flujo de productos, técnicas e ideas a larga distancia, un patrón similar por tanto al expuesto por investigadores como Nicole Boivin o Dorian Fuller a propósito de otras zonas del mundo pre-moderno.

Artisanos y economía urbana

Un aspecto poco estudiado sobre la economía del Egipto faraónico se refiere al peso de la demanda privada en la producción artesana de calidad y en la economía de las ciudades. Es corriente aún pensar que la artesanía de calidad era producida exclusivamente en talleres mantenidos bien sea por el estado, bien por instituciones dotadas de notable riqueza (como los templos), bien por ricos potentados. El ejemplo paradigmático sería la localidad de Der el-Medina, que albergaba a los obreros, artesanos y artistas que construían y decoraban las tumbas reales del Valle de los Reyes durante el Imperio Nuevo. Según este modelo interpretativo, solamente el faraón, las grandes instituciones o la nobleza disponían de los recursos necesarios para hacer

acopio de los materiales de calidad empleados en estas producciones y de mantener a un nutrido grupo de especialistas que trabajaban directamente para sus señores. A continuación, las creaciones artesanales o artísticas así producidas circulaban conforme a redes redistributivas en calidad de donaciones, regalos, recompensas, etc., que ayudaban a tejer una densa red de relaciones personales que atravesaban toda la sociedad egipcia. En otros casos, las necesidades específicas de la monarquía (equipamiento militar, construcción naval, elaboración de paños de lujo) justificaban la creación de instalaciones artesanales que permitían producir bienes a gran escala, desde talleres metalúrgicos y de vidriería a hornos de alfarería (un buen resumen en Hodgkinson 2018). Sin embargo, la publicación del importante libro de Kara Cooney sobre la economía del artesanado funerario en la zona tebana durante el Imperio Nuevo ha trastocado este modelo al mostrar que los artesanos de Deir el-Medina también atendían una demanda privada. Los numerosos acuerdos escritos entre productores y clientes revelan que los artesanos también trabajaban por encargo a cambio de un pago, según un acuerdo donde a menudo el cliente debía proporcionar el material de base (sobre todo madera) y donde, dependiendo de la calidad del producto final, el proceso de elaboración podía ocupar a varios especialistas: carpintero, barnizador, pintor, etc. (Cooney 2007) Otro aspecto llamativo también señalado por Cooney es que los artesanos no tenían ningún escrúpulo en saquear las tumbas de su propio cementerio en busca de materias primas valiosas para su trabajo, desde herramientas a objetos metálicos (Cooney 2014; véase también Gasperini 2018; compárese con paralelos en otras áreas del Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental en la misma época: Sherratt 2012).

Sin embargo, las fuentes del tercer milenio antes de Cristo indican que prácticas similares estaban plenamente vigentes entonces, cuando los funcionarios de la administración central se jactaban en sus biografías de haber construido y decorado sus propias tumbas gracias a artesanos a quienes pagaban con sus propios medios, a menudo especificados con detalle: metales, paños, grano, aceite, etc. (Strudwick 2005: 251-260). Sin embargo, resulta imposible evaluar la importancia económica de estas actividades en los centros urbanos, tanto en volumen como en porcentaje de la población total. Tres posibles pistas proporcionan algunos indicios. Por un lado, los períodos de crisis de la monarquía, sobre todo el Primer y el Segundo Período Intermedio, conocieron un marcado declive en la calidad y en la pericia artesanal de los objetos de prestigio producidos entonces, desde la caligrafía y la organización de los textos hasta las proporciones y la disposición general

de los seres que formaban parte de las composiciones. Como muchos de estos objetos y monumentos proceden de las provincias, cabe pensar, por tanto, que en los períodos previos los talleres y los artesanos de la capital centralizaban en buena medida la producción de calidad. Pero, al mismo tiempo, la multiplicación de estatuas, estelas y otros objetos de factura torpe indica que existía una demanda ávida de procurarse este tipo de objetos y que recurría a circuitos de producción que ya no estaban controlados por el palacio real o por las grandes instituciones capitalinas. Estas condiciones, a su vez, fomentaban nuevas producciones adaptadas a una demanda más modesta o que ya no era capaz de acceder al artesanado de calidad que requería su estatus. El desarrollo de los ataúdes decorados durante el Primer Período Intermedio es una buena prueba de estas condiciones.

Por otro lado, la expansión de imitaciones de cerámica extranjera, por ejemplo de cerámica micénica durante el Imperio Nuevo (Ayers 2015), sugiere que gustos, prácticas sociales (comensalidad, sociabilidad vinculada a ciertas formas de consumo de bebidas y alimentos) y un cierto deseo de emulación propiciaban el desarrollo en masa de vasijas y objetos de alfarería que imitaban formas extranjeras. El volumen de producción de estos bienes revela el peso de una demanda que no tenía acceso a importaciones auténticas pero que concedía importancia social y cultural a las mismas (cabe pensar en un paralelo histórico como el que acompañó la difusión del té y de la porcelana china en la Europa moderna, y que propiciaron que los salones privados se convirtieran en nuevos centros de vida social y cultural). A su vez, esta demanda, perceptible también en el consumo de objetos metálicos en bronce y cobre, estimulaba nuevas técnicas metalúrgicas (como la metalurgia del hierro) capaces de satisfacer sus necesidades ante la incapacidad de acceder con facilidad a metales relativamente raros y caros que circulaban (o habían circulado) sobre todo a través de los circuitos controlados por los palacios.

Que también existían circuitos de producción más descentralizados, y que producían en parte para las grandes instituciones, parece fuera de duda. Los trabajos de Barry Kemp y su equipo en Amarna han demostrado que la elaboración de objetos de fayenza obedecía a un modelo donde el destinatario final de la producción fabricaba prototipos a partir de los cuales se elaboraban moldes que eran distribuidos tanto en talleres especializados como en simples unidades domésticas. Un simple horno y la provisión de la materia prima necesaria permitía de este modo producir enormes cantidades de objetos diversos (anillos, tejas, cuentas, amuletos, etc.). El sistema de producción aparece así notablemente flexible, capaz de

adaptarse a las necesidades de grandes instituciones pero también a una demanda urbana y rural (Quirke y Tajeddin 2010). El mismo sistema parece operativo en el ámbito de la producción textil, con mujeres trabajando encuadradas por instituciones (como los centros *hwt* de la corona) a cambio de raciones/salarios (Pilgrim 1996: 285-300) o cuando entregaban cuotas de paños producidos en sus propias casas (Kemp y Vogelsang-Eastwood 2001: 427-436). Parece que el Imperio Nuevo fue el período de cambio decisivo en la manera de producir y cuando la integración de Egipto en los circuitos de intercambios internacionales del Bronce Reciente estimuló producciones orientadas a la exportación, de tal modo que la crisis de la monarquía no trajo consigo, a diferencia de épocas anteriores, una pérdida de calidad o de pericia técnica. Al contrario, los productos egipcios (marfiles decorados, amuletos, etc.) inundaron el Mediterráneo oriental (Mumford 2007; véase también Simon 2017) a la vez que estatuas, sarcófagos decorados, broncees, etc., a menudo de gran calidad, continuaron siendo producidos para una demanda interna vinculada a los templos, incluso en zonas aparentemente “marginales”. Es el caso de los cientos de estatuillas en bronce depositadas en el templo de Ayn Manawir, una aldea en el oasis de Jarga, durante el período aqueménida o de los miles de estatuillas comparables depositadas en templos de la zona de Tebas, Saqqara, etc. también hacia mediados del primer milenio antes de Cristo (Gombert-Meurice 2019; Hill 2019; véase también Fitzenreiter, Willer y Auenmüller 2016). Que sacerdotes y labradores habitantes de una remota aldea en el desierto pudieran financiar tal cantidad de ofrendas votivas constituye un valioso indicio sobre el potencial de una posible demanda rural sobre la que aún estamos peor documentados que sobre la demanda urbana (otro ejemplo: Grajetzki 2020).

Todo ello abre interesantes perspectivas acerca de la existencia de mercados y de servicios que alimentaban la difusión de metales preciosos como medios de pago, así como de redes de talleres y de artesanos cuya producción no dependía necesariamente de los encargos de estado. Por otro lado, las enormes cantidades de plata (un metal que no era producido por Egipto) entregadas por labradores y personal al servicio de algunos templos durante el Imperio Nuevo en concepto de impuestos, por no hablar de los pagos en plata de los pescadores, en oro de labriegos, del hallazgo de tesoros en contextos privados, etc. (Moreno García 2014 y 2016), sugiere la existencia de circuitos de intercambios que alimentaban una economía urbana no institucional cuyos conocimientos debiera constituir un área prioritaria de investigación en Egiptología. ¿Es pura casualidad que el auge del urbanismo en el Delta en el primer milenio antes de Cristo, en una época de acelerada

integración en las redes comerciales del Mediterráneo oriental, coincida con la aparición de barrios enteros formados por casas-torre de dimensiones notables, habitadas quizá por familias acomodadas, capaces de sostener una demanda urbana floreciente (Marchi 2014)?

Bibliografía

ALEMSEGED, Beldados Aleho et alii (2018) “Evidence of sorghum cultivation and introduced West Africa crops in the second millennium BCE at Kassala, Eastern Sudan”, en: Mercuri, A. M., D’Andrea, A. C., Fornaciari, R. y Höhn, A. (eds.), *Plants and People in the African Past: Progress in African Archaeobotany*. Heidelberg: Springer, pp. 503–528.

ALLEN, J. P. (2008) “The historical inscription of Khnumhotep at Dahshur: Preliminary report”, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 352: 29–39.

AVNER, Uri (2014) “Egyptian Timna – Reconsidered”, en: Tebes, J. M. (ed.), *Unearthing the Wilderness. Studies on the History and Archaeology of the Negev and Edom in the Iron Age*. Lovaina-París-Walpole: Peeters, pp. 103–162.

AYERS, Natasha D. (2015) “Egyptian imitation of mycenaean pottery”, en: Kousoulis, P. y Lazaridis, N. (eds.), *Proceedings of the Tenth International Congress of Egyptologists, University of the Aegean, Rhodes, 22-29 May 2008* (Orientalia Lovaniensia Analecta 241). Lovaina-París-Bristol: Peeters, pp. 1935–1949.

BIGA, Maria-Giovanna y STEINKELLER, Piotr (en prensa) “In search of Dugurasu”.

BOIVIN, Nicole (ed.)(2018) *Globalization in Prehistory. Contact, Exchange, and the “People without History”* Cambridge: Cambridge University Press.

BOIVIN, Nicole y FULLER, Dorian Q. (2009) “Shell middens, ships and seeds: exploring coastal subsistence, maritime trade and the dispersal of

domesticates in an around the ancient Arabian Peninsula”, *Journal of World Prehistory* 22(2): 113–180.

COLLON, Dominique (2008) “Cappadocia and the eastern Mediterranean”, en: Michel, C. (ed.), *Old Assyrian Studies in Memory of Paul Garelli* (Old Assyrian Archives, Studies 4). Leiden: Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, pp. 91–100.

COLLON, Dominique, MANUELA Lehmann y MÜLLER, Sandra E. (2012–2013) “Tell el Dab’a sealings 2009–2011”, *Ägypten und Levante* 22–23: 95–104.

COONEY, Kathlyn M. (2007) *The Cost of Death. The Social and Economic Value of Ancient Egyptian Funerary Art in the Ramesside Period*. Leiden: Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten.

COONEY, Kathlyn M. (2014) “Private sector tomb robbery and funerary arts reuse according to West Theban documentation”, en: Toivari-Viitala, J., Vartiainen, T. y Uvanto, S. (ed.), *Deir el-Medina Studies*. Helsinki: Occasional Publications, pp. 16–28.

DERCKSEN, Jan G. (ed.) (1999) *Trade ad Finance in Ancient Mesopotamia* (MOS Studies 1). Leiden: NINO.

DIEGO ESPINEL, Andrés (2019) “‘Unusual herders’: Iconographic development, diffusion and meanings of dwarves, boys and lame and emaciated people as drovers from the Old Kingdom to the early Middle Kingdom”, en: Piacentini, P. y Delli Castelli, A. (eds.), *Old Kingdom Art and Archaeology 7. Proceedings of the International Conference, Università degli Studi di Milano 3–7 July 2017 (EDAL 6)*. Milán: Pontremoli Editore, 418–435.

EMBERLING, Geoff y WILLIAMS, Bruce (2010) “The kingdom of Kush in the 4th Cataract: archaeological salvage of the Oriental Institute Nubian Expedition 2007 season. Part I: preliminary report on the sites of Hosh el-Guruf and El-Widay”, *Gdańsk Archaeological Museum and Heritage Protection Fund African Reports* 7: 17–38.

EMBERLING, Geoff et alii (2014) “Peripheral vision: identity at the margins of the early kingdom of Kush”, en: Anderson, J. R. y Welsby, D. A. (eds.), *The Fourth Cataract and Beyond. Proceedings of the 12th International Conference for Nubian Studies*. Lovaina-París-Walpole, MA: Peeters, pp. 329–336.

FARIAS, Paulo Fernando de Moraes (2013) “Bentyia (Kukya): a Songhay–Mande meeting point, and a ‘missing link’ in the archaeology of the West African diasporas of traders, warriors, praisesingers, and clerics”, *Afriques* 4, disponible en <https://journals.openedition.org/afriques/1174>

FINKELSTEIN, Israel et alii (2018) “The archaeology and history of the Negev and neighbouring areas in the Third Millennium BCE: A new paradigm”, *Tel Aviv* 45: 63–88.

FITZENREITER, Martin; WILLER, Frank y AUENMÜLLER, Johannes (2016) *Materialen einer Gusswerkstatt von der Qubbet el-Hawa*. Berlín: EB-Verlag Dr. Brandt.

FULLER, Dorian; BOIVIN, Nicole; HOOGERVORST, Tom y Allaby, Allaby (2011) “Across the Indian Ocean: the prehistoric movement of plants and animals”, *Antiquity* 85: 544–558.

GARFINKLE, Steven J. (2012) *Entrepreneurs and Enterprise in Early Mesopotamia. A Study of Three Archives from the Third Dynasty of Ur*. Bethesda: CDL Press.

GASPERINI, Valentina (2018) *Tomb Robberies at the End of the New Kingdom. The Gurob Burnt Groups Reinterpreted*. Oxford: Oxford University Press.

GERNEZ, Guillaume (2011) “The exchange of products and concepts between the Near East and the Mediterranean: The example of weapons during the Early and Middle Bronze Ages”, en: Duistermaat, K. y Regulski, I. (eds.), *Intercultural Contacts in the Ancient Mediterranean* (Orientalia Lovaniensia Analecta 202). Lovaina: Peeters, pp. 327–341.

GNIRS-LOPRIENO, Andrea M. (2000) *Reading The Eloquent Peasant. Proceedings of the International Conference on The Tale of the Eloquent Peasant at the University of California, Los Angeles, March 27-30, 1997* (Lingua Ægyptia 8). Hamburg: Widmaier Verlag.

GOLDWASSER, Orly (2013) “Out of the mists of the alphabet — Redrawing the “brother of the ruler of Retenu”, *Ägypten und Levante* 22: 353–374.

GOMBERT-MEURICE, Florence (2019) “Thousands of Osiris: the archaeological contexts of the bronzes found in the temple of ‘Ayn Manawîr and at the Serapeum of Memphis”, en: Masson-Berghoff, A. (ed.), *Statues in Context: Production, Meaning and (Re)uses* (British Museum Publications on Egypt and Sudan 10). Lovaina-París-Bristol: Peeters, pp. 197–207.

GONZÁLEZ RUIBAL, Alfredo y DE TORRES, Jorge (2018) “The fair and the sanctuary: Gathering places in a nomadic landscape (Somaliland, 1000-1850 AD)”, *World Archaeology* 50(1): 23–40.

GRAJETZKI, Wolfram (2020) *The People of the Cobra Province in Egypt: A Local History, 4500 to 1500 BC*. Oxford: Oxbow Books.

GRANDET, Pierre (1994) *Le Papyrus Harris I (BM 9999)*. El Cairo: Institut Français d’Archéologie Orientale.

HILL, Marsha (2019) “Small divine statuettes: outfitting religion”, en: Masson-Berghoff, A. (ed.), *Statues in Context: Production, Meaning and (Re)uses* (British Museum Publications on Egypt and Sudan 10). Lovaina-París-Bristol: Peeters, pp. 37–49.

HODGKINSON, Anna K. (2018) *Technology and Urbanism in Late Bronze Age Egypt*. Oxford: Oxford University Press.

HOLLADAY, John S. (2001) “Toward a new paradigmatic understanding of long-distance trade in the ancient Near East: From the Middle Bronze II to Early Iron II—A sketch”, en: Daviau, P. M. M. y Weigl, M. (eds.), *The World of the Arameans. Studies in Language and Literature in Honour of Paul-Eugène Dion*, vol. II. Sheffield: Sheffield Academic Press, pp. 136–195.

JANSSEN, Jacob J. (1975) “Prolegomena to the study of Egypt’s economic history during the New Kingdom”, *Studien zur altägyptische Kultur* 3: 127–185.

JURSA, Michael et alii (2010) *Aspects of the Economic History of Babylonia in the First Millennium BC: Economic Geography, Economic Mentalities, Agriculture, the Use of Money and the Problem of Economic Growth*. Münster: Ugarit Verlag.

JURSA, Michael y MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2015) “The Ancient Near East and Egypt”, en: Monson, A. y Scheidel, W. (eds.), *Fiscal Regimes and the Political Economy of Premodern States*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 115–165.

KANAWATI, Naguib y EVANS, Linda (2014) *Beni Hassan. Volume I: The Tomb of Khnumhotep II* (Australian Centre for Egyptology Reports 36). Oxford: Aris and Phillips.

KEMP Barry J. y VOGELSANG-EASTWOOD Gillian (2001) *The Ancient Textile Industry at Amarna* (Egypt Exploration Society – Excavation Memoir 68). Londres: Egypt Exploration Society.

KEPINSKI, Christine (2007) “Mémoires d’Euphrate et d’Arabie, les tombes à tumulus, marqueurs territoriaux de communautés en voie de sédentarisation”, en: Kepinski, Ch.; Lecomte, O. y Tenu, A. (eds.), *Studia euphratica. Le Moyen Euphrate iraquien révélé par les fouilles préventives de Haditha* (Travaux de la Maison René-Ginouvès, 3). París: De Boccard, pp. 87–128.

KLEBER, Kristin y PIRNGRUBER, Reinhard (eds.) (2016) *Silver, Money and Credit. A Tribute to Robartus J. van der Spek on the Occasion of His 65th Birthday*. Louvain: Peeters.

KRAEMER, Bryan y LISZKA, Kate (2016) “Evidence for administration of the Nubian fortresses in the Late Middle Kingdom: The Semna dispatches”, *Journal of Egyptian History* 9: 1–65.

LARSEN, Morgens T. (2015) *Ancient Kanesh: A Merchant Colony in Bronze Anatolia*. Cambridge: Cambridge University Press.

LICHTHEIM, Miriam (1976) *Ancient Egyptian Literature. Volume II: The New Kingdom*. Berkeley-Los Angeles-Londres: University of California Press.

LING, Johan; TIMOTHY Earle y KRISTIENSEN, Kristian (2018) “Maritime Mode of Production: Raiding and trading in seafaring chiefdoms”, *Current Anthropology* 59: 488–524.

LISZKA, Kate (2017) “Egyptian or Nubian? Dry-stone architecture at Wadi el-Hudi, Wadi es-Sebuia, and the Eastern Desert”, *Journal of Egyptian Archaeology* 103: 35–51.

LISZKA, Kate y KRAEMER, Bryan (2016) “Evidence for administration of the Nubian fortresses in the Late Middle Kingdom: P. Ramesseum 18”, *Journal of Egyptian History* 9: 151–208.

MARCHI, Séverine (ed.) (2014) *Les maisons-tour en Égypte durant la Basse Époque, les périodes ptolémaïque et romaine (Nehet 2)*. París: Université Paris-Sorbonne.

MEYER, Carol (2010) “The kingdom of Kush in the 4th Cataract: archaeological salvage of the Oriental Institute Nubian Expedition 2007 season. Part II: grinding stones and gold mining at Hosh el-Guruf, Sudan”, *Gdańsk Archaeological Museum and Heritage Protection Fund African Reports* 7: 39–52.

MONROE, Christopher M. (2015) “Tangled up in blue: material and other relations of exchange in the Late Bronze Age world”, en: Howe, T. (ed.), *Traders in the Ancient Mediterranean*. Chicago: Association of Ancient Historians, pp. 7–46.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2013) “The limits of Pharaonic administration: patronage, informal authorities, mobile populations and ‘invisible’ social sectors”, en: Bárta, M. y Küllmer, H. (eds.), *Diachronic Trends in Ancient Egyptian History: Studies Dedicated to the Memory of Eva Pardey*. Praga: Czech Institute of Egyptology, pp. 88–101.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2014) “Penser l’économie pharaonique”, *Annales. Histoire, Sciences sociales* 69: 7–38.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2016) “Economies in transition: trade, “money”, labour and nomads at the turn of the 1st millennium BC”, en: Moreno García, J. C. (ed.), *Dynamics of Production in the Ancient Near East, 1300-500 BC*. Oxford: Oxbow Books, pp. 1–39.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2017) “Trade and power in ancient Egypt: Middle Egypt in the late third/early second millennium BC”, *Journal of Archaeological Research* 25: 87–132.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2018a) “Elusive ‘Libyans’: identities, lifestyles and mobile populations in NE Africa (late 4th – early 2nd millennium BC)”, *Journal of Egyptian History* 11: 145-182.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2018b) “Leather processing, castor oil, and desert/Nubian trade at the turn of the 3rd/2nd millennium BC: some speculative thoughts on Egyptian craftsmanship”, en: Miniaci, G. et alii (eds.), *The Arts of Making in Ancient Egypt: Voices, Images, Objects of Material Producers, 2000-1550 BC*. Leiden: Sidestone Press, pp. 159–173.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2018c) “Divergent trajectories on the Nile: Politics, wealth and power between 4000-1600 BCE”, en: Meller, H.; Risch, R. y Gronenborn, D. (eds.), *Surplus without State—Political forms in Prehistory* (10. Mitteldeutscher Archäologentag). Halle: Landesmuseum für Vorgeschichte Halle, pp. 337–372.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2019a) “Marketplaces, customs and hubs of trade in Bronze Age Egypt”, in Rahmstorf, L. y Stratford, E. (eds.), *Weights and Marketplaces from the Bronze Age to the Early Modern Period (Weight and Value 1)*. Kiel-Hamburg: Wachholz Verlag y Murmann Publishers, pp. 185–202.

MORENO GARCÍA, Juan Carlos (2019b) *The State in Ancient Egypt: Power, Challenges and Dynamics*. Londres-Nueva York: Bloomsbury.

MUMFORD, Gregory (2007) “Egypto-Levantine relations during the Iron Age to early Persian Period (Dynasties Late 20 to 26)”, en: Schneider, T. y Szpakowska, K. M. (eds.), *Egyptian Stories. A British Egyptological Tribute*

to Alan B. Lloyd on the Occasion of His Retirement. Münster: Ugarit Verlag, pp. 225–288.

NÄSER, Claudia (2012) “Nomads at the Nile: Towards and archaeology of interaction”, en: Barnard, H. y Duistermaat, K. (eds.), *The History of the Peoples of the Eastern Desert* (Cotsen Institute of Archaeology Monograph 73). Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology Press, pp. 81–92.

PARKINSON, Richard B. (1997) *The Tale of Sinuhe and Other Ancient Egyptian Poems, 1940-1640 BC*. Oxford: Oxford University Press.

PARKINSON, Richard B. (2012) *The Tale of the Eloquent Peasant: A Reader's Commentary*. Hamburg: Widmaier Verlag.

PILGRIM, Cornelius von (1996) *Untersuchungen in der Stadt des Mittleren Reiches und der Zweiten Zwischenzeit. Elephantine 18* (Archäologische Veröffentlichungen 91). Mainz am Rhein: Phillip von Zabern.

QUIRKE, Stephen y TAJEDDIN, Zahed (2010) “Mechanical reproduction in the age of the artwork? Faience and 5000 moulds from 14th-century BC Egypt”, *Visual Communication* 9: 341–362.

REDFORD, Donald B. (1997) “Textual sources for the Hyksos period”, en: Oren, E. D. (ed.), *The Hyksos: New Historical and Archaeological Perspectives*. Philadelphia: University of Pennsylvania Museum, pp. 1–44.

RÉGEN, Isabelle y SOUKIASSIAN, George (2008) *Gebel el-Zeit II. Le matériel inscrit, Moyen Empire-Nouvel Empire*. El Cairo: Institut Français d'Archéologie Orientale.

ROCCATI, Alessandro (1986) “La stele di un falegname”, *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Rendiconti della Classe di Scienze morali, storiche e filologiche*, Serie VIII, 40(5-6): 225–233.

RZEUSKA, Teodozja (2014) “Cemetery PI in El-Ar Part II: Egyptian jar from tumulus 4”, *Gdańsk Archaeological Museum African Reports* 11: 73–76.

SHERRAT, Susan (2003) “The Mediterranean economy: ‘Globalization’ at the end of the second millenium B.C.E.”, en: Dever, W.G. y Gitin, S. (eds.), *Symbiosis, Symbolism and the Power of the Past. Canaan, Ancient Israel,*

and Their Neighbours from the Late Bronze Age through Roman Palestina. Winona Lake: Eisenbrauns, pp. 37-62.

SHERRATT, Susan (2012) “The intercultural transformative capacities of irregularly acquired goods”, en: Maran, J. y Stockhammer, Ph. W. (ed.), *Materiality and Social Practice. Transformative Capacities of Intercultural Encounters*. Oxford: Oxbow Books, pp. 152–172.

SIMON, Zsolt (2017) “What did Taita import from Egypt? Hieroglyphic Luwian ASINUS_{2(A)} reconsidered”, en: Németh, B. (ed.), *Now Behold my Spacious Kingdom: Studies Presented to Zoltán Imre Fábrián on the Occasion of his 63th Birthday*. Budapest: L’Harmattan Kiadó, pp. 317–330.

STEINKELLER, Piotr (2004) “Toward a definition of private economic activity in third millennium Babylonia”, en: Rollinger, R. y Ulf, Ch. (ed.), *Commerce and Monetary Systems in the Ancient World: Means of Transmission and Cultural Interaction* (MELAMMU Symposia, 5). Wiesbaden: Harrassowitz, pp. 91–111.

STRUDWICK, Nigel C. (2005) *Texts from the Pyramid Age*. Atlanta: Society of Biblical Literature.

TASSIE, Geoffrey J. (2018) “The Sinai connection from 10,000 to 2,000 BC”, en: de Trafford, A., Tassie, G. J., el Daly, O. y van Wetering, J. (eds.), *A River Runs Through It: Studies in Honour of Professor Fekri A. Hassan on the Occasion of His 75th Birthday*. Volume One. Londres: Golden House Publications, pp. 133–178.

TISSOT, Isabel et alii (2015) “A multi-analytical approach to gold in Ancient Egypt: Studies on provenance and corrosion”, *Spectrochimica Acta Part B* 108: 75–82.

TROALEN, Lore et alii (2014) “Goldwork in Ancient Egypt: workshop practices at Qurneh in the 2nd Intermediate Period”, *Journal of Archaeological Science* 50: 219–226.

VAN DRIEL, Govert (2002) *Elusive Silver. In Search of a Role for a Market in an Agrarian Environment. Aspects of Mesopotamia’s Society*. Leiden: NINO.

VAN NEER, et alii (2004) “Fish remains from archaeological sites as indicators of former trade connections in the Eastern Mediterranean”, *Paléorient* 30: 101–147.

WARBURTON, David (2011) “What might the Bronze Age world system look like?”, en: Wilkinson, T. C., Sherratt, S. y Bennet, J. (eds.), *Interweaving Worlds: Systemic Interactions in Eurasia, 7th to 1st Millennia BC*. Oxford: Oxbow Books, pp. 120–134.

WARBURTON, David (2013) “Integration by price in the Bronze Age”, en: Frenez, D. y Tosi, M. (eds.), *South Asian Archaeology 2007. Volume I: Prehistoric Periods*. Oxford: Archaeopress, pp. 287–296.

WINCHELL, Frank et alii (2018) “On the origins and dissemination of domesticated sorghum and pearl millet across Africa and into India: a view from the Butana Group of the far Eastern Sahel”, *African Archaeological Review* 35: 483–505.